



Este capítulo forma parte del libro:

La experiencia vital femenina en la academia mexicana contemporánea. Repensar el género en diálogo desde la autoetnografía

**Susan Street
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Centro de Investigaciones y Estudios Superiores (CIESAS)
- El Colegio de San Luis

País: México

Año: 2025

Páginas: 380 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-15-0 (UAA)
978-607-486-759-6 (CIESAS)
978-607-2627-49-9 (COLSAN)

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-15-0>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/341>

LAS HUELLAS DE MIS MUJERES Y LA EDUCACIÓN SUPERIOR

MARCELA LÓPEZ ARELLANO
(UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES)

UN RECUERDO QUE SURGIÓ CUANDO ESCRIBÍA...

A finales de los años ochenta, justo al terminar mi licenciatura, tuve la oportunidad de ir a Estados Unidos a estudiar inglés por nueve meses, y una amiga de la familia me dio alojamiento. Llevaba un anillo de compromiso; mi novio y yo hablaríamos de la boda cuando yo regresara a México. Sin embargo, a los pocos meses de estar allá, decidí terminar el compromiso y continuar los planes que me había trazado hacía tiempo. Deseaba estudiar una maestría en historia en España, y mi tía Elvira, investigadora y profesora de literatura en la UNAM me había recomendado escribir a algunos institutos que podían darme una beca. Un lunes muy temprano, el cartero tocó la puerta de la casa de Pleasant Street en Boston, donde yo vivía. Era una carta de mi mamá, la abrí con ansiedad, seguramente ya se había enterado de que había terminado el noviazgo y algo me diría... La conocía muy bien. De todas sus palabras, muchas, que llenaron varias hojas con su letra manuscrita bonita y uniforme, se me quedó marcada sólo una línea: “¿Y qué vas a hacer con tanto estudio?, ¿quieres ser como tus tías?”.

INTRODUCCIÓN

Durante la década de 1980 ingresé a la licenciatura en educación y opté por la especialidad en investigación educativa en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. No tenía muy claro qué quería ser o hacer después de terminar, pero estudiar en la universidad era el siguiente paso tanto en mi familia como entre mis compañeros del bachillerato. Ahora que pongo en perspectiva mi experiencia en la educación superior como profesora y como investigadora, me surgen preguntas acerca de las mujeres que me invitaron a la lectura, al amor por la historia, a darle valor al estudio y a la educación superior. Pensar en mi linaje femenino me ha permitido descubrir las huellas de mujeres que me marcaron, y al adentrarme en sus espacios y los procesos a lo largo del tiempo, su pensamiento, sus decisiones, sus límites y trasgresiones, he podido verme de frente a ellas y he comenzado a entender mis decisiones.

Concuerdo con la investigadora Patricia Martínez, en su texto “De cuando fui mutante-marginal del conocimiento en la Capital Zombi”,¹ porque, al igual que ella, al escudriñar mi infancia me pude ver como una niña fascinada con el conocimiento, leyendo con pasión todo lo que llegó a mis manos, y mirando mi horizonte futuro en un espacio de trabajo en donde sólo tuviera que leer y leer. Y fueron las mujeres a las que vi leyendo y estudiando quienes me revelaron una imagen femenina que se grabó en mi mente como objetivo. La historiadora Caroline B. Brettell, en su texto “Blurred genres and blended voices: life history, biography, autobiography, and the auto/ethnography of women’s lives”, muestra los porosos límites entre los géneros de escritura personal, especialmente cuando se trata de las vidas de mujeres y de la existencia de mujeres de la propia familia, como su libro sobre su madre periodista en Canadá (Brettell, 1997). Al igual que ella con su primer libro en el que publicó sus investigaciones sobre tres mujeres migrantes en Portugal, yo tuve la oportunidad de dar voz a través de mi investigación doctoral a una mujer escritora, judía, antropóloga y profundamente enamorada de su país natal México, Anita Brenner. Pude ser productora de saberes

¹ Patricia Martínez Lozano, “De cuando fui mutante-marginal del conocimiento en la Capital Zombi”, en este volumen.

sobre su compleja vida,² en donde desde la posición de historiadora me metí al tema de historia de mujeres y género, y analicé sus diferentes escritos, ya fueran sus diarios, sus narraciones autobiográficas, sus artículos periodísticos y sus libros. Revisé su representación y sus decisiones. Pero, como refiere Bettrell, “no me inserté en el texto de la narrativa” (1997: 227), sino que traté de conservar una cierta objetividad desde afuera para reconocer los espacios y momentos de la vida de Brenner con el fin de mostrar las cambiantes posiciones del yo en los escritos, y lo que éstos revelan sobre quien escribe, en su tiempo y espacio.

Sin embargo, en el presente capítulo, al buscar a las mujeres de mi familia, específicamente del lado paterno, he descubierto una combinación de voces y géneros de escritura entremezclados. Al igual que Brettell, mi escrito se acerca a la biografía cuando hablo sobre mi abuela Cuquita y mis tías Mercedes y Elvira, y se aproxima a una autoetnografía cuando enlazo lo que he investigado en relación con sus trayectorias y analizo el impacto que tuvieron en mí. El “efecto espejo” que señala la historiadora (1997: 229), me ha sorprendido al verme reflejada en la vida de mi abuela y especialmente con mi tía Elvira, y darme cuenta de las decisiones que, inspirada por ellas, he podido tomar.

Para este trabajo recurrí a varias fuentes, me entrevisté con los hijos mayores de mi abuela, principalmente uno que ahora tiene noventa y cinco años, y examiné su archivo personal de libros, cartas y fotografías; visité el Fondo Educación del Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes; revisé historiografía sobre Aguascalientes, el Catolicismo Social y la guerra cristera; también sobre la Universidad Nacional Autónoma de México y el ingreso de las mujeres a la educación superior en este país; recurrí al sitio *Family Search* para construir un árbol genealógico familiar, y reconstruí los fragmentos de mis recuerdos sobre mi relación con mi abuela y mis tías.

Desde esta perspectiva, presento un relato histórico sobre redes de mujeres que, tal vez sin pensarlo, construyeron a otras mujeres. Fueron mujeres católicas que mostraron su “agencia” para defender a la Iglesia y la educación religiosa, que formaron parte de un activismo social y

² Mi tesis se publicó como *Anita Brenner. Una escritora con México en el corazón* (México: Universidad Autónoma de Aguascalientes / Centro de Documentación e Investigación Judío de México, 2016. Edición digital, 2017).

trasgredieron los límites impuestos a las mujeres de su tiempo, pero también fueron mujeres que apoyaron a otras a ingresar a las universidades e instituciones de educación superior, en un tiempo en que ya había mujeres en la UNAM, en la Universidad de Guadalajara y en otras universidades mexicanas, pero no eran lo común en Aguascalientes. Vale señalar que fueron mujeres pertenecientes a una clase social que les permitió decidir, viajar, elegir su vocación y la defensa de sus causas.

Al encontrar sus historias, reflexiono sobre mi propia vida entretrejida con lo que aprendí en su cercanía. Una mezcla de la estructura de oportunidades que tuvieron cada una de ellas en su momento, y lo que sus vidas impactaron en la construcción de mi propia estructura.

OJITOS DE ESTRELLA

Mi mamá decía que mi abuela paterna me puso Ojitos de Estrella, curioso porque no recuerdo a mi abuela como especialmente cariñosa o sonriente; eso sí, muy lectora, llena de libros en su recámara en la casa de la avenida Madero (en el centro de la ciudad de Aguascalientes), de revistas y libros, con papeles y separadores, marcas de su interés, de sus ganas de volver adonde había dejado su lectura. Una vez me dijo que yo me parecía a una chica que salió en la portada de la revista *Impacto* que ella coleccionaba (vaya que me veía con ojos de abuela). Esta revista contenía análisis político, desde una línea de derecha criticaba duramente al gobierno (Agustín, 2013). A principios de los años ochenta *Impacto* tenía más de dos décadas de publicación, y Cuquita, como le dijimos siempre, debió de ser suscriptora por los alteros de la misma que colocaba en un pasillo afuera de su cuarto.

¿Por qué me gustaba tanto ir a su casa en las tardes? Mis abuelos vivían en una casa de tres pisos, justo arriba de la tienda de mi abuelo, en donde trabajaba también mi papá, y nosotros vivíamos a una cuadra en la calle Hidalgo. Me iba en patines o caminando, llegaba a la tienda y le avisaba a mi papá que iba a subir, él ya sabía que yo disfrutaba esos ratitos con ella.

No sé lo que Cuquita estudió de niña, seguramente la primaria y quizá la secundaria en Colotlán, al norte de Jalisco, en donde creció.

Nació en 1898 en un pueblo de Zacatecas, y cuando tenía dos años su padre se llevó a la familia a Colotlán. En aquel lugar fueron una familia acomodada, vivían en una casa con pozo y mi bisabuelo Vicente Aparicio³ tenía su tienda en los portales de la plaza principal. Vicente y su esposa Mercedes tuvieron tres hijos y diez hijas, de los cuales algunos murieron de pequeños. Seguramente las niñas estudiaron en la escuela de las Religiosas Mínimas de María Inmaculada de Colotlán, con maestras comprometidas con la educación, la religión y el cuidado de los enfermos en el hospital (Soriano, 2011).

Durante la Revolución mexicana, el embate de los ataques del ejército constitucionalista a Colotlán, que era el pueblo natal del general Victoriano Huerta, fue desastroso. De acuerdo con la investigadora Paulina Ultreras, “las fuerzas constitucionalistas comandadas por el general constitucionalista Pánfilo Natera⁴ quemaron y destruyeron todos los edificios públicos y los archivos de Colotlán. Además, hubo fuerzas guerrilleras en Huejuquilla, Mezquitic, Totatiche, Colotlán y Bolaños” (Ultreras, 2014: 76). Natera quemó casas, haciendas y comercios, entre ellos la tienda de Vicente Aparicio. En 1915, Vicente ya no soportó más la situación y huyó con su esposa, siete hijas y tres hijos, y luego de permanecer unos meses en la capital de Zacatecas, decidió iniciar una nueva vida en la ciudad de Aguascalientes en 1916.

Cuando llegaron a Aguascalientes, Cuquita tenía diecisiete o dieciocho años, y allí sí que tomó cursos de muchas cosas, de piano, de pintura, de lectura y de costura. Esto lo sé por mis tíos; ellos crecieron viendo a su madre en un cuarto que convirtió en estudio de pintura, en

³ Archivo privado Carlos López Aparicio (en adelante, ACLA). Para este trabajo tuve oportunidad de revisar la libreta de notas de mi bisabuelo Vicente Aparicio (1868-1946), en la que anotó los eventos importantes en su vida desde su boda en 1895, y los nacimientos y muerte de sus hijos, lo que me permitió conocer los lugares en los que nacieron y crecieron cada uno de los hijos, especialmente mi abuela Refugio Aparicio Valdés (1898-1981).

⁴ Pánfilo Natera nació en Zacatecas en 1882, participó en la Revolución desde 1910 con los maderistas, y fue nombrado capitán por el coronel Luis Moya. En 1913 combatió al huertismo y fue nombrado general brigadier al mando de la División Constitucionalista del Centro. Participó en la toma de Ojinaga y la toma de Torreón con el general Francisco Villa, y se distinguió en la victoria de Zacatecas en 1914. Después de este triunfo fue nombrado gobernador provisional de Zacatecas, por Villa, cargo que ocupó hasta 1915 (Galeana, 2014).

donde ponía a sus hijos e hijas a dibujar en papeles y con colores para que la dejaran a ella hacer lo suyo.

FIGURA 1.

MARÍA DEL REFUGIO APARICIO VALDÉS, CA. 1918. ARCHIVO PERSONAL DE MARCELA LÓPEZ ARELLANO (EN ADELANTE, APMLA).



Me imagino a mi abuela en Aguascalientes preguntando a la gente en dónde podía tomar clases, quiénes eran las maestras, en dónde daban cursos. Así encontró a la maestra María Concepción Aguayo, Conchita Aguayo, como la conocían sus amigos y alumnos. Me dijo mi tío Carlos (su hijo, nacido en 1924 y quien falleció en 2021): “Ella tuvo la suerte de conocer a una señorita Conchita Aguayo... era de una cultura general

muy amplia. Entiendo que la relación de amistad con Conchita Aguayo le ayudó mucho a mi madre en su cultura, y en su relación en la ciudad” (entrevista con Carlos López Aparicio, 27 de abril de 2018). Conchita fue un ejemplo importante para mi abuela, había estudiado en el Liceo de Niñas de la ciudad de Aguascalientes, que desde finales del siglo XIX se había convertido en una institución formadora de profesoras. Recibió su título de maestra en 1902 (Olvera, 2018: 199), y para 1917 o 1918, que se conocieron, tenía casi cuarenta años, le llevaba veinte años a mi abuela.⁵ Desde 1903 Conchita había dado clases en el Liceo y continuó cuando ésta cambió a Escuela Normal del Estado de Aguascalientes. Algunas de las clases que impartió fueron geografía, dibujo y pintura (Escalera, 1988: 10), lo que permite conocer su amplia cultura y dedicación a la docencia.

Me parece interesante que mi abuela tomó clases de pintura con ella, y más que se hicieron amigas –como recuerda mi tío–, porque Conchita fue una profesora defensora de los valores de la religión católica, como sería mi abuela toda su vida. Un testimonio de una maestra de la época cuenta que durante la década de 1910 Conchita Aguayo perteneció a la Liga de Maestros, que se reunían varias profesoras católicas en su casa, “observantes, muy creyentes”, y las principales eran Conchita y Rosa Trillo (Testimonio de Srita Patrocinio López Arámbula, en Escalera, 1988: 20). Esto muestra que la maestra y sus correligionarias se resistieron al anticlericalismo del presidente Venustiano Carranza.

La historiadora Yolanda Padilla (mi colega, amiga y tutora de mi tesis doctoral), señala que “durante la Revolución mexicana, el anticlericalismo más radical tuvo sus orígenes en la política. A los revolucionarios no les convenía la participación de los católicos [...] ni en educación, ni en la prensa, ni mucho menos en las decisiones del gobierno” (Padilla, 2009: 17). A lo largo de 1915, 1916 y 1917, los carrancistas evidenciaron su anticlericalismo en el país (2009: 56), cerraron templos, quemaron estatuas religiosas, aprisionaron sacerdotes y los expulsaron (2009: 60). Además, las misas sólo podían celebrarse en determinadas horas, los sacerdotes no debían vivir cerca de los templos y cerraron los seminarios, y por si fuera poco, los carrancistas también atacaron

⁵ *Familysearch*: Acta de registro de Ma. Concepción Aguayo Aguilar, Ags., 1879.

escuelas particulares religiosas, incautaron obras de arte de las iglesias e impartieron conferencias anticlericales.

Con todo esto, es posible que mi abuela Cuquita, proveniente de una cultura familiar profundamente católica,⁶ se uniera a Conchita Aguayo y a las maestras defensoras de la religión desde ese entonces. No era cosa menor, su familia había huido de Colotlán y habían abandonado su casa y sus propiedades por culpa de los revolucionarios.

También en documentos del tiempo de la guerra cristera en el Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes, aparece que de 1925 a 1926 Conchita Aguayo fue la directora de la Escuela Normal de Profesoras, pero la destituyeron y en su lugar quedó la maestra María Concepción Maldonado. Esta destitución que no fue casualidad, el gobierno había descubierto que la maestra Aguayo formaba parte de la Unión Popular de Defensa Religiosa en la ciudad, así como de las Damas Católicas (López, 1988: 143). Y vale abundar sobre esta asociación que nació en 1912, bajo el auspicio de los jerarcas católicos en la capital mexicana, con el nombre de Unión Nacional de Damas Católicas Mexicanas. Su carisma fue tal, que para 1919 ya había grupos en Michoacán, Guadalajara, Colima, Guanajuato, Puebla, San Luis Potosí y Baja California (O'Douherthy, 1991). Luego, en 1920 el arzobispo de México José Mora y del Río impulsó el crecimiento de la Unión con el fin de “extender el reinado social de Jesucristo [y] ofrecer trabajos de muy distinta índole para hacer reinar a Cristo en las diversas clases sociales” (1991: 4). Además, para publicar sus logros crearon la revista *La Dama Católica*, que inició con 400 ejemplares, y en 1925 ya se distribuían 21 870 ejemplares con 32 páginas en todo el país (1991: 4).

Fue una asociación pensada en señoras de clase media y alta que se formarían en catequesis y enseñarían la religión a “los niños pobres,” además de que su ámbito de acción fue el urbano (Sánchez, 2014: 43). El investigador Juan Pablo Vivaldo Martínez señala que “resulta interesante el que la organización haya adoptado el nombre de *Damas* y no de *Mujeres* católicas, ya que esto denota la composición social que la agrupación tuvo en un principio” (Vivaldo, 2011: 80. *Cursivas del*

⁶ ACLA. Esto queda evidente en la libreta de notas de Vicente Aparicio, al registrar los nacimientos de sus hijos, sus bautizos, sacerdotes, capillas, y padrinos de brazo, como eje de lo importante de sus vidas.

original). Aunado a esto, las Damas Católicas se fundaron en casas particulares de las socias, invitaban a otras mujeres a participar, apoyaban a los seminaristas, moralizaban en los hogares, en las fábricas, en las escuelas, vigilaron las costumbres sociales y fortalecieron a la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (O’Dogherty, 1991: 4). A buen seguro, tanto por su preocupación por defender a la Iglesia como por su relación con Conchita Aguayo, mi abuela Cuquita debió de formar parte de las Damas Católicas en Aguascalientes. La investigadora Laura O’Dogherty encontró que en 1925 el Centro Regional en esta ciudad tenía ciento doce socias (1991: 24),⁷ y en todo el país “la UDCM tenía 22 885 integrantes” (Vilvaldo, 2011: 80).

EL CATOLICISMO SOCIAL, MUJERES EN ACCIÓN

Vienen a cuento las actividades de la maestra Conchita Aguayo, amiga de mi abuela, porque me permiten reconocer a las personas con las que tuvo contacto y que la motivaron a participar como una católica activa, como se verá más adelante. En México, desde el porfiriato, el catolicismo social “consistió en señalar constantemente los problemas sociales y apuntar la necesidad de resolverlos [por el] camino [...] legal y pacífico” (Padilla, 1992: 41). Durante la Revolución hubo combatientes anticlericales, pero también los hubo católicos. El presidente Francisco I. Madero permitió la creación del Partido Católico Nacional, además de que buscó la política de la conciliación. Sin embargo, después de su muerte, el movimiento católico social tuvo fuertes enfrentamientos con el anticlericalismo de los carrancistas.

En esos años, en Aguascalientes hubo representantes importantes del catolicismo social que pretendía instaurar en todo el país un orden social cristiano, y se manifestaron a través de los periódicos católicos como *El Eco Social*, *La Cruz*, *La Verdad*, *El Debate* y *La Voz de Aguascalientes*. Además, formaron sindicatos católicos para contrarrestar a los sindicatos “rojos” con tendencias anarco-sindicalistas y

⁷ En posteriores trabajos buscaré los archivos de esta asociación con el fin de constatar si su nombre quedó registrado entre las mujeres que se asociaron.

revolucionarios. Desde 1917 se fundó la Asociación Católica de Jóvenes Mexicanos (ACJM) en Aguascalientes, y en 1923 se fundó el Comité Diocesano de la ACJM para defender las creencias católicas. Los sindicatos católicos fueron apoyados por la ACJM, los Caballeros de Colón,⁸ que habían sido fundados en Aguascalientes en 1920 (Padilla, 1992: 69), las Damas Católicas Mexicanas, la Liga Católica de Aguascalientes y el Apostolado de la Oración, que, de acuerdo con Padilla Rangel, “eran muy numerosos” (1992: 51). Todos estos grupos lucharon especialmente a través de los colegios particulares; la educación fue su baluarte.

Mi abuela Cuquita se casó en 1920 en Aguascalientes, y para 1925 ya tenía tres hijos, dos hombres y una niña. Justo ese año, en el gobierno del presidente Plutarco Elías Calles, se dieron las primeras tensiones con los católicos en Aguascalientes. En marzo, los cismáticos⁹ de la nueva iglesia fundada por Calles intentaron tomar el Templo de San Marcos de la capital, lo cual provocó un enfrentamiento armado entre la sociedad civil y el gobierno que dejó tensión entre la gente. ¿Cómo viviría Cuquita estos momentos? ¿Conocería mi abuela a los maestros y maestras que fueron cesados por participar en defensa del templo?¹⁰ La amenaza volvía a cernirse sobre los creyentes católicos. Su amistad

⁸ “Los Caballeros de Colón compromiso con la vida, la familia, los pobres y la iglesia”, disponible en <<http://www.uniondevoluntades.org.mx/apps/content/publications/?a=1673>>. La Orden de los Caballeros de Colón tiene compromiso con los más pobres, velar por la protección de la vida y fomentar la unidad de las familias y la Iglesia católica. Fueron fundados como una asociación de laicos en Estados Unidos en 1882 por el P. Michael J. McGivney. Pugnaron por una libertad religiosa unida y en fraternidad, y retomaron la imagen de Cristóbal Colón, quien trajo el cristianismo a América. Inició en México en 1905, donde su primer Consejo, asentado en la ciudad de México, fue consagrado a la Virgen de Guadalupe, y desde esa fecha hasta la actualidad se ha expandido a distintos estados del país.

⁹ “En 1925 Calles apoyó la creación de la Iglesia Cismática con los manejos de Luis N. Morones, líder de la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana), quien puso a un exsacerdote al frente, sin relación con el Vaticano y con libre interpretación de las escrituras. Esto desencadenó el conflicto entre la Iglesia católica y el Estado. Los católicos crearon la Liga Nacional de Defensa de las Libertades Religiosas y movilizaron a miles de católicos a una resistencia pacífica antes de lanzarse a la lucha armada en 1926” (Zavala, 1990: 153).

¹⁰ Sobre los maestros y el conflicto, véase López (1988).

con Conchita Aguayo y sus propias convicciones debieron fortalecer su voluntad de defender en lo que creía.¹¹

FIGURA 2.

MARÍA DEL REFUGIO APARICIO VALDÉS, CA. 1925. ARCHIVO PERSONAL DE MARCELA LÓPEZ ARELLANO.



Luego, en 1926 inició la batalla legal cuando el gobierno ordenó cumplir los artículos 3.º y 27.º de la Constitución y se clausuraron

¹¹ En la historiografía mexicana existen importantes trabajos acerca de la movilización política del catolicismo, especialmente de las mujeres. Véanse: Torres-Septién (2010; 1995); Mitchell y Schell (2007); Boylan (2002; 2000), y Aspe (2008), entre otros.

conventos, fueron expulsados sacerdotes extranjeros y se exigió a las escuelas erradicar la enseñanza religiosa. En todo el país surgieron pequeñas escuelas clandestinas; los católicos se aliaron para continuar las prácticas de culto en grupos, estudiando el catecismo oculto de la vigilancia del gobierno, y Aguascalientes no fue la excepción. Varias de las organizaciones católicas de resistencia como la Unión Popular de Aguascalientes (UPA), que se fundó contra las disposiciones gubernamentales (Padilla, 1992: 86), las Damas Católicas y los Caballeros de Colón participaron brindando apoyo a los cristeros. Padilla Rangel señala que en Aguascalientes las mujeres fueron abastecedoras de los cristeros, se unieron al boicot propuesto por la Liga Nacional de la Defensa de la Religión, se vistieron de negro y colocaron papel negro en sus casas en señal de luto. Ellas fueron quienes organizaron el culto, prestaron sus casas para hospedar cristeros, para entregar correos y les juntaron armas y municiones, en suma “participaron con mucho más entusiasmo que los jóvenes y los Caballeros de Colón” (1992: 88-95).

Además, la presión que ejercieron las autoridades del Estado hacia los encargados de escuelas particulares católicas fue muy fuerte. Por ejemplo, el Colegio Guadalupe ocupaba un local del gobierno que las maestras Conchita Aguayo y María del Carmen López habían firmado en 1922, pero en 1926 fueron desalojadas por el jefe militar de la plaza con el pretexto de necesitar el espacio para una escuela federal. Las acusaron de “albergar una comunidad de monjas” y de tener libros como “educación católica de las niñas” en sus pupitres (López, 1988: 139). Como se ve, Conchita Aguayo no fue una tímida defensora de la religión, sino una activista católica en toda forma, y se aprecia que desde los años de la Revolución fue vigilada y delimitada cada vez más por las autoridades civiles y militares.

Todo esto resulta interesante porque mi tío Carlos recordó que mi abuela Cuquita escondió cristeros en su casa en esos años, algunos hombres que eran empleados en la fábrica de hielo de mi abuelo y los andaban persiguiendo; ella les dio ropa y comida y les permitió ocultarse en su casa (Carlos López Aparicio, entrevista, 8 de junio de 2018). También recordó que su madre encubrió al hijo sacerdote de una amiga suya de Jalisco al que el gobierno tenía amenazado y no tenía otro lugar adonde ir. Esos años fueron difíciles para los católicos, pero mi abuela

decidió trasgredir las reglas impuestas por el gobierno y apoyar a quienes necesitaron su ayuda. Como señala el historiador Jean Meyer, “ni la prisión ni el exilio impidieron jamás el ejercicio del culto” (Meyer, 1994: 275), en sus actividades diarias los católicos manifestaron su rebelión, “escondieron sacerdotes que daban misas clandestinas, en cada casa había un altar del Sagrado Corazón y de noche se reunían en la iglesia a rezar el rosario” (1994: 277).

Cuquita era una mujer joven, en 1926 tenía veintiocho años y ya cuatro hijos, y seguramente participó en esas misas clandestinas y rezó el rosario pidiendo por el fin del conflicto. Puedo decir que mi abuela Cuquita fue una “cristera pacífica,” como les llama Yolanda Padilla (1992: 97), defendió lo que creía, se unió al catolicismo social, ayudó a los perseguidos, llenó álbumes de recortes de periódicos con las noticias que le preocupaban o quiso conservar (Carlos López Aparicio, entrevista, 23 de junio de 2018), y se interesó profundamente en la política de su tiempo. En su labor de resistencia contra el anticlericalismo, mi abuela mostró la fortaleza de su fe católica, decidió seguir el ejemplo que aprendió de otras mujeres, como Conchita Aguayo y las maestras, y no se arrendó ante el peligro de ser descubierta, pues se trataba de defender lo más sagrado para ella, su religión.

Y me surgen un sinnúmero de cuestionamientos que hubiera querido hacerle en su momento. Al hacer memoria, me veo a los trece o catorce años, y ella con ochenta y tantos, frágil y delgadita, con su cabello rizado largo en una especie de chongo, negro y canoso, buscando entre sus revistas para enseñarme sus recuerdos. Ahora me entristece y me enoja no recordar todo lo que me contó; hago esfuerzo para escuchar su voz en mi memoria; sólo regresan frases sueltas, y sus manos blancas, delgadas, venosas, pasando las hojas de las publicaciones; sus dedos apuntando las fotografías de los cristeros, a las mujeres, a los niños, muchos de ellos asesinados. Me parece que escucho el eco de una de nuestras conversaciones:

—Cuquita, ¿por qué los soldados mataban a los sacerdotes, a las mujeres?

—Mira, Marcelita, querían quitarles lo más sagrado, la libertad para creer en Dios.

—¿Pero a ellos les molestaba que la gente creyera en Dios?

—Al presidente no le gustaban los católicos, muchas familias ocultaron a los sacerdotes y se escondieron para celebrar las misas. Lo más importante fue defender la fe, aunque tuvieran que morir por ello. Fue un tiempo muy difícil...

En realidad, me estaba contando sus propias vivencias, sin decírmelo. Me doy cuenta de que cuando hablaba de los cristeros estaba poniendo en valor un tiempo de su vida en el cual se sintió útil y participativa para su sociedad, especialmente para los católicos, pero yo era muy joven para comprender todo lo que contenían sus recuerdos. Y ahora, después de tantos años, me pregunto cuánta fue la influencia que tuvo Conchita Aguayo en ella, y si sería por ello que Cuquita decidió defender su religión arriesgando a su propia familia. Tanto Conchita como las maestras fueron sus modelos de mujeres católicas e interesadas en el estudio, y al contarme sus memorias advierto que la guerra cristera fue una experiencia que la marcó profundamente.

Descubrir estos fragmentos de la vida de mi abuela inevitablemente me lleva a reflexionar sobre mis tardes en su casa, y tomo conciencia de que la elección de tema para mi tesis de licenciatura en investigación en educación, en la UAA, nació precisamente en esas largas conversaciones con ella. Años después, cuando debí optar por un problema de investigación, abordar la época de los cristeros me pareció emocionante; hasta ese entonces había sido poco explorada desde la perspectiva de la educación. Además, realicé mi servicio social en el Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes y me quedé a trabajar como archivista por varios años. Allí, una de mis tareas fue continuar con la organización y catálogo del fondo de educación, en el que me topé con documentos, cartas y oficios referentes al conflicto de 1925 a 1929. Cada vez que encontraba algún dato o información al respecto, recordaba las fotografías de la revista *Impacto* de Cuquita, los muertos por sus creencias, las mujeres de negro, la gente cargando la cruz, las asociaciones católicas, las miradas tristes de los niños.

Debí solicitar permiso a las autoridades universitarias para esta investigación porque la temática histórica no formaba parte del currículum; por tanto, también tuve que conseguir un tutor con perspectiva histórica. Una vez con la autorización de la universidad, visité a dos de los profesores, que para ese entonces habían hecho investigación sobre

la historia de Aguascalientes, pero no pudieron aceptar por su carga de trabajo. Fue el tercer maestro, Enrique Rodríguez Varela, quien, tal vez interesado por mi entusiasmo en el tema, aceptó ser mi tutor y guiarme en el intrincado camino entre la educación, la historia y la inspiración personal que me motivaba: mi abuela “cristera”.

Tenía dentro de mí todo lo que ella me contó, las imágenes de la revista que con tanto celo guardaba y los tres libros de Jean Meyer *La Cristiada*.¹² Eran sus libros y quiso que yo conociera ese tiempo que tanto la había marcado. ¿Qué habrá significado para ella leer estos libros cuando fueron publicados a mediados de los años setenta, casi cuarenta años después de los sucesos? A través de mi abuela advierto la gran importancia que la investigación de Meyer tuvo en quienes experimentaron el conflicto. Allí pudieron leer sobre las personas, los testimonios, las decisiones políticas, la importancia de una guerra que no aparecía en los libros de historia de México, miles de tragedias personales silenciadas a lo largo de décadas. En esos libros había encontrado mi abuela la justificación de sus acciones, la explicación de sus preocupaciones, el valor de las vidas perdidas por ideales tan trascendentes para ella. Ésta es una de las influencias más visibles de ella en mí, la fuerza de sus recuerdos sobre la Cristiada que vertí en mi investigación para graduarme de educación superior y que definió mi vocación de historiadora. (Aunque después de la licenciatura me llevaría unos años encontrar mi camino como historiadora, como mencionaré más adelante).

El investigador Agustín Vaca, en su texto *Los silencios de la historia: las cristeras* (2009), señala que al entrevistar cristeros, hombres y mujeres advirtió que los hombres hablaron en primera persona y destacaron su actuación en la guerra; en cambio, “las mujeres hablaban casi siempre desde el masculino de la primera persona de plural [con] la tendencia a ocultarse tras el conjunto de levantados” (2009: 18-19). También, que las mujeres aceptaron los padecimientos y sufrimientos como “una consecuencia natural derivada de su decisión de haberse sumado a las filas rebeldes [y] dejaban ver la satisfacción que sentían al cumplir un deber casi ineludible dictado por sus creencias religiosas” (2009: 19). Y

¹² *La Cristiada 1. La guerra de los cristeros*, México: Siglo XXI Editores, 1973, 1975; *La Cristiada 2. El conflicto entre la Iglesia y el Estado, 1926-1929*. México: Siglo XXI Editores, 1973; *La Cristiada 3. Los cristeros*. México: Siglo XXI Editores, 1975.

observó que las mujeres no aceptaron las entrevistas de inmediato, no querían correr riesgos si se divulgaba su participación, desconfiaban de las instituciones; y yo añado que tal vez también por el temor a ser calificadas como rebeldes o trasgresoras por la gente de su entorno.

Vaca siguió a las mujeres de los ejércitos cristeros y también a las que participaron en las asociaciones religiosas; en sus entrevistas le mostraron que “estaban arraigadas en las restricciones sociales, culturales, políticas y económicas que pesaban sobre las mujeres en general” (2009: 21). Como ya mencioné, considero que mi abuela formó parte de las Damas Católicas tanto por sus profundas convicciones católicas como por su amistad con Conchita Aguayo, pero me doy cuenta de que su participación como “cristera pacífica” quedó oculta de la memoria familiar. No sólo no lo contó a sus hijos como algo digno de orgullo (los recuerdos de mi tío Carlos surgieron con mis preguntas), sino que cuando Cuquita me contó sobre los cristeros no lo hizo como protagonista de ese tiempo; su representación fue como “testigo” de los hechos plasmados en las fotografías. Ella, como las cristeras que no aceptaron ser entrevistadas por Agustín Vaca, también silenció su participación.

Examinar su historia me lleva a reflexionar sobre la fuerza que tuvo para oponerse a las disposiciones legales; fue más matriarcal que patriarcal, al seguir el ejemplo de las mujeres a su alrededor; para ella, el miedo no fue un obstáculo al defender aquello que consideró superior a cualquier orden gubernamental. Formó parte de una comunidad de mujeres que trasgredieron los mandatos masculinos y actuaron siguiendo su conciencia, estuvieron en resistencia, construyeron estrategias y se organizaron. Como bien lo apunta la historiadora María Teresa Fernández Aceves (mi amiga, colega y tutora de mi tesis doctoral), “la mayoría de los estudios sobre la educación en México en el siglo XX han resaltado el papel de la escuela en la formación del Estado y nación [pero debe reconocerse que] la coalición entre maestras y trabajadoras surgió a partir del fuerte movimiento de acción social católica y la significativa participación de las mujeres católicas” (Fernández, 2014: 21). Esto es revelador, fueron mujeres como mi abuela, comprometidas con la acción social católica, las que promovieron sus valores y educación desde sus propias trincheras. Aquí vale decir que Cuquita contribuyó como mexicana católica en el espacio y tiempo que le tocó vivir.

SUS LECTURAS Y JOSÉ VASCONCELOS

Cuquita tuvo ocho hijos; mi papá y su hermano gemelo fueron los últimos, le llegaron de sorpresa a sus cuarenta años. Como ya señalé, mi abuela no estudió en una institución “superior”, que en ese tiempo era la Normal del Estado de Aguascalientes, aunque tomó clases y cursos con maestras de la ciudad, y sobre todo buscó libros, revistas y periódicos para leer y aprender. En una de las entrevistas con mi tío Carlos, me regaló dos libros de mi abuela: “Toma para que los guardes tú”. Los miré con curiosidad, dos tomos, el primero y segundo de *Historia de Cristo*, de Giovanni Papini, forrados con papel color paja y con plástico transparente; las cintas adhesivas, ya tiesas de tantos años, las páginas mismas de los libros, amarillentas y frágiles, y en los dos tomos su nombre escrito con tinta en la primera página con cuidadosa caligrafía: “Ma. del Refugio Aparicio de López”. ¿Quién le recomendaría esta lectura?

Busqué la editorial Voluntad Madrid y encontré que la cuarta edición de los dos tomos es de 1926. ¿Cuándo habrá llegado a las manos de mi abuela? Este texto tuvo mucho éxito en distintos idiomas; la primera edición en español en esta editorial fue en 1922, y Cuquita consiguió el de 1926 publicado en España. Tal vez esta impresión llegó a Aguascalientes unos años después, aunque es difícil decirlo porque pudo llevarlo algún viajero, o un sacerdote interesado en compartir con sus correligionarios esta nueva aproximación a la vida de Jesús. El autor Giovanni Papini (1881-1956) fue un prolífico escritor italiano, hijo de padre ateo, que en 1920 anunció su conversión al catolicismo y en 1921 publicó su *Historia de Cristo*, en la que se centró más en los momentos espirituales de Jesucristo que en la biografía. ¿Por qué mi abuela conservó este libro toda su vida?, ¿lo forró para protegerlo del tiempo?, ¿sería uno de sus libros preferidos? Su elección de lecturas me indica que buscó formarse en la historia del cristianismo y leyó autores profundos de su tiempo.

Y esto me lleva a otro recuerdo; en una de esas tantas tardes que estuve con ella en su casa, me contó que en 1929 había ido a ver al candidato a la presidencia de México, José Vasconcelos.¹³ Le habían avisado

¹³ José Vasconcelos (Oaxaca, 1882-Ciudad de México, 1959). Fue abogado, político, escritor y filósofo. Fungió como secretario de Educación Pública en 1920, y rector de la Universidad Nacional de México.

que estaría en la plaza principal de Aguascalientes ese día. Entonces tomó de la mano a su hijo mayor Alfonso, que ya tenía ocho años, y se fueron caminando hasta el lugar. En aquel momento su relato no me llamó la atención, yo tendría unos catorce años, me pareció interesante y tan sólo lo archivé en la memoria. Ahora que recupero retazos de su vida me doy cuenta de su osadía, ¡asistió a un mitin político!, ¡en 1929! El recién electo presidente Álvaro Obregón había sido asesinado hacía unos meses, el conflicto cristero, a pesar de los acuerdos, parecía no ceder; los seguidores de Vasconcelos habían sido atacados en distintos lugares, y mi abuela no fue a ver al candidato acompañada de su marido (quien, a decir de mi tío Carlos, no parece haber sido tan apasionado de la política como ella) (Carlos López Aparicio, entrevista, abril de 2018), sino que llevó a su hijo. ¿Sería una forma de protegerse de las habladoras?, ¿o para enseñarle que había que involucrarse en la vida política de su país? Tal vez ambas, pero veo que su posición política respecto a las elecciones fue muy clara.

Según lo describe la historiadora Georgette José Valenzuela, las misiones culturales fundadas por José Vasconcelos cuando estuvo al frente de la Secretaría de Educación Pública en 1921, con el presidente Álvaro Obregón, estuvieron impregnadas de un “espiritualismo católico” (2008: 148). Muy seguramente este espiritualismo fue el atractivo que el intelectual oaxaqueño ejerció en miles de católicos que lo siguieron cuando se lanzó de candidato en 1929 frente al candidato de Plutarco Elías Calles, Pascual Ortiz Rubio. Fue una campaña desigual en la que los seguidores vasconcelistas sufrieron violencia y represión. Justo en marzo de 1929 había nacido el Partido Nacional Revolucionario (PNR), a instancias de Calles, para que “la elite política dirimiera sus conflictos sin violencia y estableciera sus acuerdos... para el manejo de los procesos de sucesión política” (Oikión, 2008: 164).

José Vasconcelos se adelantó al candidato oficial y comenzó su campaña en enero de 1929; inició en Nogales, Sonora, con rumbo al centro del país. Quiso hacer una campaña como la de Francisco I. Madero, con todo y mesianismo político, pero México era otro, su “tradición maderista estaba rebasada por la historia mexicana” (2008: 167). Las elecciones presidenciales se realizaron el 17 de noviembre de 1929 y la violencia se desbordó; sin embargo, los resultados oficiales mostraron

“la fuerza de la maquinaria oficial” y se declaró que había “ganado” Pascual Ortiz Rubio (2008: 167).

¿Qué sería lo que más atrajo a mi abuela de Vasconcelos?, ¿su fe en los libros?, ¿leería mi abuela alguno de sus textos, como *La raza cósmica* de 1925, o *Indología* de 1926?, ¿llegaría a sus manos la revista *El Maestro* fundada por él y que se repartió gratuitamente en todo el país? (Krauze, 1979: 17), ¿o fue por su profundo interés en las artes reflejado en los murales que se pintaron en los edificios públicos de México desde principios de la década? De acuerdo con el historiador Enrique Krauze, Vasconcelos declaró haber sido “un cristiano tolstoiano” en los años de su reconciliación con el catolicismo, lo que dio un sentido personal y religioso a su obra educativa (1979: 18). En 1925, Vasconcelos se exilió por propia voluntad del país al no aceptar las políticas de Calles, pero mandó sus artículos al periódico *El Universal* en los que incitó continuamente a una rebelión cívica. Estos artículos le abrieron el camino para la candidatura de 1929, los jóvenes profesionales y los estudiantes fueron sus apasionados seguidores. En sus discursos proponía una renovación moral y usaba la palabra *honradez* (1979: 21). Decía una y otra vez: “Los Diez Mandamientos son mi programa por encima de la Constitución” (1979: 22), y criticó continuamente el sistema político (1979: 22).

John Skirius, estudioso de la campaña vasconcelista, la define como una “quijotesca campaña presidencial... que tuvo el ferviente apoyo de la gran mayoría de los intelectuales, maestros, clase media, artesanos y trabajadores” (Skirius, 1982: 9). Y como vemos con Cuquita, también de las mujeres católicas de clase media en provincia.

Seguramente mi abuela recibía el periódico *El Universal* y debió de leer con interés la columna de Vasconcelos, que de acuerdo con Krauze era, “sin duda, la más leída de México” (1978: 35). El ferrocarril proveniente de la capital mexicana paraba todos los días en Aguascalientes y traía los periódicos nacionales y extranjeros, libros y demás mercancías a esta ciudad que, según el censo de 1930, contaba con 82 134 habitantes (INEGI, 2018). Mi tío Carlos recordó que mi abuela pedía por correo libros y revistas con imágenes para pintar en su estudio y que recortaba las noticias que le interesaban (Carlos López Aparicio, entrevista, 8 de junio de 2018). Tal vez también recortó los artículos de Vasconcelos en *El Universal* a lo largo de esos años.

No es extraño que mi abuela quisiera que el político oaxaqueño ganara la presidencia, y muchos menos que quisiera verlo en Aguascalientes. La fascinación que Vasconcelos ejerció en sus seguidores fue enorme, y en el caso de los católicos, que habían sufrido el anticlericalismo de la Revolución y las persecuciones de la guerra cristera, él representaba la esperanza de un presidente que no atacara sus creencias y les permitiera la educación religiosa. Razones como éstas deben de haberla convencido de caminar esa tarde a la plaza de Armas, epicentro de la ciudad, rodeada por la catedral basílica, el palacio de gobierno, el palacio municipal, el hotel Francia, el hotel Imperial y distintos comercios, allí precisamente, entre las calles, los árboles y las bancas de la plaza el candidato independiente presentó sus discursos frente a los lugareños.

Durante su campaña, Vasconcelos viajó en ferrocarril por casi todo el país; en Guadalajara, él y su equipo sufrieron una emboscada en la que resultaron muchos heridos y se supo en las noticias; debió de ser riesgoso ir a sus mítines. En sus memorias tituladas *El Proconsulado* (Vasconcelos, 1982), el político relató lo sucedido en cada lugar; especialmente interesantes fueron sus encuentros con los cristeros de Jalisco y el que tuvo con las señoras de clase media a las que describió como “muy católicas” (1982: 701). Narró que los católicos creyeron en él, que no le exigieron promesas, y refirió su experiencia en Aguascalientes:

Amanecemos en Aguascalientes. Allí el sentir público pudo explicarse y lo hizo en forma manifiesta porque el gobernador local era un servil, pero también un inútil, y principalmente porque estaba de jefe de armas de la zona un hombre de honor: el general Pineda, mi viejo amigo de la campaña de Oaxaca... Toda la mañana tocaron las músicas en la plaza principal de Aguascalientes, y se sucedieron los discursos. Los mismos empleados de la Casa de Gobierno, situada enfrente de nuestro hotel, asomaban por las vidrieras de sus balcones a curiosear. Se resistían a creer lo que veían. Que un sujeto, acompañado de media docena de oradores, sin dinero, se presentaba, en tanto que ellos, los desventurados, tenían que echar mano de la peonada esclava de las haciendas para poder simular la popularidad de sus mandones ignaros... (1982: 794).

En esa plaza precisamente estuvo Cuquita de la mano de su niño, mi tío Alfonso. Allí debió de escuchar con el corazón lleno de esperanza al hombre que se había convertido en la posibilidad de un país sin ataques a la Iglesia, que prometía honradez, a quien ella leía en el periódico y en quien creía. Esto sí me lo contó como parte importante de su vida. Sus recuerdos me han hecho adentrarme también en su pensamiento, en los ideales que defendió, y en lo que debe de haber sido una de sus grandes desilusiones cuando Vasconcelos, derrotado, decidió irse de México. Conocer a mi abuela desde esta perspectiva también me ha confrontado con quién soy yo y qué he defendido en mi vida, y siento que yo no he tenido la osadía que ella tuvo tantas veces.

¿EDUCACIÓN SOCIALISTA? ¡JAMÁS! 1930-1940

De sus ocho hijos, cuatro fueron mujeres, Mercedes (1923), Ana María (1926), Elvira (1929) y María Elena (1934). Desde niñas debieron observar atentamente a su madre, se hicieron lectoras como ella y aspiraron a estudiar algo más, no sólo la primaria o los estudios secundarios para niñas. En los años veinte y treinta existían varias escuelas particulares para mujeres en la ciudad de Aguascalientes, pero la concepción general sobre la educación para las niñas, especialmente entre las familias conservadoras, seguía siendo que lo ideal era encontrar un buen marido, tener hijos y ser unas dedicadas amas de casa.

FIGURA 3.
MARÍA DEL REFUGIO APARICIO VALDÉS, CA. 1935. ARCHIVO PERSONAL DE MARCELA
LÓPEZ ARELLANO.



Sin embargo, aquí vuelvo a reconocer la formación de mi abuela, su contacto con las mujeres con las que adquirió un sentido social, no sólo de la defensa de la religión, sino también del valor de la educación. Y me pregunto si compartir con las maestras católicas sus luchas y afanes la definió también en sus intereses personales. ¿Sería su participación con ellas lo que también la definió en sus roles como madre y esposa?, ¿formaría en esos años su visión como educadora de sus hijas? Y me detengo a pensar cuál fue la parte de mi abuela que tomé, sin ser consciente de ello, desde que la visitaba cuando era niña.

Sus cuatro hijas estudiaron en la Escuela Normal del Estado de Aguascalientes, que era la “educación superior” para mujeres. A buen seguro, porque era el espacio más cercano a los estudios profesionales. Como mencioné antes, la Escuela Normal de Aguascalientes había sido,

desde su inicio como liceo de niñas en 1878, una institución sólo para mujeres. En 1914, cuando se convirtió en normal del estado, la directora era la profesora Vicenta Trujillo, personaje ejemplar de la educación en Aguascalientes que en 1916 se enfrentó a las tropas carrancistas cuando quisieron convertir la normal en cuartel militar, y luego defendió que siguiera siendo sólo para mujeres (Padilla y Camacho, 2017: 270). Ella fue la primera mujer que ocupó el cargo de directora general de la Secretaría de Educación en Aguascalientes durante la década de 1920.

Sobre la educación durante los años que mis tías estudiaron en escuelas primarias y luego en la normal del estado, los historiadores Yolanda Padilla y Salvador Camacho apuntan que entre 1925 y 1936 Aguascalientes vivió una gran inestabilidad política, primero con la guerra cristera entre 1926 y 1929, y luego desde 1931 cuando Narciso Bassols quedó como secretario de Educación Pública del país (1931-1934). Con este funcionario, la educación se tornó más radical y orientada al socialismo; quiso eliminar la participación de grupos y ministros religiosos en las escuelas y en el reglamento de escuelas particulares de 1932 prohibió a los miembros de iglesias dar clases en cualquier escuela de instrucción primaria. Además, en 1933 instituyó un programa de educación sexual que provocó el enojo de los padres de familia, quienes a la postre lograron la renuncia del secretario.

Pero allí no quedó todo; en 1934, el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas propuso la educación socialista como un programa ideológico de la Revolución (Camacho y Padilla, 2002: 157); ahora las escuelas serían aliadas “del sindicato y la cooperativa” y la educación impartida por el Estado sería socialista, sin religión, fanatismo o prejuicio. Las escuelas particulares debían impartir también esta educación. Nuevamente—como durante la guerra cristera— la Iglesia católica se manifestó en contra y “trató de fortalecer a las escuelas particulares que ofrecían instrucción con trasfondo religioso” (2002: 161), se incentivó el ausentismo de los niños a las escuelas del gobierno y se apoyó las escuelas clandestinas de enseñanza religiosa. Vemos que los católicos no dejaron de sentirse amenazados desde lo acontecido en la guerra cristera; ahora, durante los años treinta, las decisiones del gobierno ataban de manos a las escuelas religiosas.

Estas tensiones fueron vividas en Aguascalientes por igual; en 1932, los católicos del estado se opusieron a Bassols, y para 1933 la educación religiosa se daba en las escuelas particulares o a escondidas. Padilla y Camacho apuntan que se impartió catecismo los sábados en las iglesias, se crearon quinientos centros catequísticos en las casas y se repartieron quince mil ejemplares del Catecismo de Ripalda (2002: 167). Con todo, en 1934 se implantó el artículo tercero como “educación socialista”. ¿Cómo afectó esto a la familia de mi abuela?, ¿cuáles fueron las decisiones de Cuquita y mi abuelo respecto a la educación para sus hijos? En la entrevista con mi tío Carlos refirió:

Quando estaba en cuarto año [debió de ser 1931 o 1932] cerraron las escuelas... Estudié con clases particulares con varias maestras: la primera fue la señorita Carmen Martínez, muy competente, que con eso de las escuelas católicas muchas maestras quedaron fuera. Ya después la Comercial, estuve estudiando con la señorita Margarita Terán, íbamos Tita (Mercedes) y yo, nos íbamos caminando, vivía en la primera o segunda cuadra de Zaragoza. Éramos los únicos alumnos, eran clases particulares. En los años 32, cerraron las escuelas. Y lo demás en el 35. Las escuelas sólo eran las oficiales. Las escuelas volvieron a abrir en los cuarenta o cincuenta. Fue por la influencia de Lázaro Cárdenas (Carlos López Aparicio, entrevista, 27 de abril de 2018).

Igualmente recordó que el hijo mayor, Alfonso, fue enviado al Colegio Salesiano en Guadalajara porque el Instituto de Ciencias de Aguascalientes, según sus padres, “estaba controlado por los comunistas, por el gobierno”. Sin embargo, en 1935 Cárdenas decomisó el Colegio Salesiano de Guadalajara “para convertirlo en Colegio del Aire” (Ceja-Bernal, 2014: 111) y Alfonso regresó a su ciudad natal e ingresó al Instituto de Ciencias porque, “ya estaba más calmada la cosa”. En 1939, a sus dieciocho años le permitieron irse a México a estudiar leyes en la UNAM.

La memoria de mi tío Carlos me permite conocer la posición de mis abuelos respecto a la educación de sus hijos; decidieron pagar clases particulares con tal de que no les dieran “educación socialista”, y al mayor lo enviaron a un colegio de sacerdotes en otra ciudad. Según

recordó mi tío Carlos, mi abuela “era la más preocupada por la educación” (entrevista, 27 de abril de 2018) y cuidó que estudiaran, siempre y cuando se respetaran las creencias católicas. Al reconocer su historia veo en ella una firmeza ideológica sin quiebres, cada decisión, así fuera trasgrediendo las reglas gubernamentales o poniendo en riesgo su seguridad o la de sus hijos, la tomó con base en sus convicciones de defensa de la libertad religiosa.

MERCEDES

La mayor de las hijas de mi abuela, Mercedes (1923-2013), estudió, como ya mencioné, en la normal del estado de Aguascalientes. Allí consiguió su título de maestra. Debió de ingresar a sus dieciséis o diecisiete años, es decir, en 1939 o 1940, cuando ya iban pasando las tormentas de la educación socialista. Estudiar para ser maestra en Aguascalientes era bien visto y –si así lo deseaban– podían trabajar en algunas de las escuelas de la ciudad. Pero para Mercedes ser maestra normalista no fue suficiente; cuando su hermano mayor se fue a estudiar derecho a la UNAM, quizá comenzó a pensar en la posibilidad de hacer lo mismo. Ella quería estudiar arte, quería ser pintora, como su madre.

A mi abuela, el arte y la historia del arte le fascinaban; una pasión que no dejó nunca; toda su vida tomó clases de pintura y dedicó su tiempo libre a pintar. Además, en las casas en que vivió mi abuela siempre adaptó un espacio, ya fuera un cuarto arriba, o en el comedor de visitas, con todo lo necesario para pintar. Yo conocí su “estudio” en la casa de Madero; tenía la gran mesa del comedor llena de pinturas de colores, varias batas (con manchas de pintura) colgadas de las sillas, los lienzos enrollados recargados en una pared, su caballete con la pintura del momento y la postal o imagen que estaba reproduciendo colgada de un gancho largo. También, revistas y recortes de paisajes en un mueble junto a la ventana que daba a la calle, y sus pinceles y paletas con restos de pintura en la mesa. Básicamente, el comedor ya no fungía como tal, era su “cuarto para ella sola,” como dijera Virginia Woolf (1929). Y confieso que me encantaba entrar cuando yo era niña, a verla pintar aunque no le gustaba que la interrumpieran.

¿Habrá sido que al permitir a su hija mayor irse sola a la capital a estudiar, estaba trasladando sus propios sueños a su hija?, ¿hubiera querido Cuquita haber tenido oportunidad de estudiar en una universidad cuando era joven? Tal vez por eso intercedió por ella con mi abuelo; me imagino sus diálogos en aquel 1948 o 1949:

Mi abuelo: No creo que sea bueno para una mujer que se vaya a la capital a estudiar, no es correcto y hay muchos riesgos.

Mi abuela: Claro que es seguro que Mercedes se vaya a México, allá está Alfonso, él la cuidará, ya verás.

Mi abuelo: ¿Y para qué necesita ella estudiar en la capital? Aquí puede tomar clases de pintura con las maestras, allí está tu amiga Conchita, por ejemplo.

Mi abuela: Mercedes quiere aprender con los maestros profesionales que están allá, hay que darle la oportunidad, se cuidará bien. Confía en mí.

Mi abuelo debió de dar el permiso, y especialmente los medios económicos para que Mercedes se fuera a vivir y a estudiar a aquella ciudad distante un poco más de 500 km de Aguascalientes. Según el Sexto Censo General de Población, en 1950 el país tenía 26 791 017 habitantes, con un nivel de alfabetización de 55 % (Secretaría de Economía, 1950a), y la ciudad de México contaba con una población de 3 050 442 habitantes (Secretaría de Economía, 1950b), muy por encima de 188 075 habitantes (Secretaría de Economía, 1950c) de la ciudad de Aguascalientes ese mismo año. El profundo interés de mi abuela en el estudio, así como el deseo de que su hija ingresara a estudios universitarios, debió de vencer los temores que la gran capital inspiraba en las pequeñas ciudades provincianas.

Considero que aquí fue cuando Cuquita como madre trasgredió los límites sociales de los espacios convencionales que las mujeres podían ocupar en la sociedad aguascalentense de mediados del siglo XX. Para mi abuela fue más importante que su hija estudiara en un espacio profesional, aunque esto pudiera generar comentarios entre las familias conservadoras de la ciudad. Casi puedo afirmar que hubo personas que criticaron a mi abuela por permitir que Mercedes se fuera a estudiar fuera. Debieron de ser objeto de los cotilleos provincianos acerca de las mujeres libertinas y las madres que no cuidan a sus hijas. Es seguro que hayan sido tema de conversación por algún tiempo.

Mercedes hizo sus maletas y se fue en el ferrocarril a la ciudad de México. Pienso que quizá su corazón latía de emoción y expectativa al estar iniciando un camino que muy pocas jóvenes de Aguascalientes habían seguido. Allá su hermano le había conseguido una habitación en una pensión de unas religiosas, una forma muy adecuada de cuidarla después de todo, vivir con monjas. Eran finales de los años cuarenta, Mercedes tenía veinticinco o veintiséis años. Es interesante observar que, aunado a la madre interesada en la educación para su hija, Alfonso, el hijo mayor, abrió una puerta a su hermana, la oportunidad de disfrutar de la intelectualidad en la ciudad más grande del país, en donde existían diversas instituciones de educación superior. Él había estudiado unos años antes, debió de observar a las mujeres que estudiaban en la universidad y le tendió el puente –tan necesario en esa época– de la seguridad del cuidado de un hombre. Se convirtió en su salvoconducto.

FIGURA 4.

MARÍA MERCEDES LÓPEZ APARICIO, CA. 1955. ARCHIVO PERSONAL DE MARCELA LÓPEZ ARELLANO.



¿Cuántas mujeres estudiaban en las universidades mexicanas para las décadas de 1940 y 1950? Fernández Aceves señala que, desde mediados del siglo XIX y hasta las primeras décadas del siglo XX, en las universidades de muchos países se “desarrolló un debate acerca de si las mujeres podían matricularse y graduarse de las universidades” (2005: 90). Una discusión en la que se planteó sobre todo la conveniencia de permitirles a ellas el ingreso a un espacio que había sido predominantemente masculino, y decidir si los estudios universitarios tendrían para ellas el mismo reconocimiento que para los hombres.

Fernández Aceves examinó el ingreso de mujeres a la Universidad de Guadalajara de 1914 a 1933, y encontró que para 1914 se creía que ellas no podían ser médicas, abogadas, ingenieras o administradoras. Señala que la directora de la normal de Jalisco, Laura Apodaca, argumentó que las mujeres necesitaban una educación para “ser cultas y modernas, que leyeran [...] que tuvieran los conocimientos necesarios para cuidar su hogar sin embrutecerse” (2005: 90). El discurso seguía siendo que el fin último de las mujeres era el hogar, aunque estudiaran. Durante la década de los años veinte se decía que el estudio convertiría a los hombres en menos violentos y más buenos, y Fernández Aceves se pregunta por qué se argumentaba que las mujeres que estudiaran se convertirían en “varoniles, perderían su suavidad, dulzura y serían menos sumisas” (2005: 95).

¿Qué esperaba mi abuela de la educación superior para su hija Mercedes? Los mensajes de la prensa y la Iglesia católica, de la cual ella era muy cercana, eran contradictorios, se decía que la escuelas debían ser modernas, pero las mujeres debían respetar los roles tradicionales de esposa y madre, y sobre todo que fueran apolíticas (2005: 95). Lo medular en esta discusión era la pregunta de si al graduarse podrían participar en la esfera pública, defendida fuertemente por los varones. Considero que para mi abuela fue tan importante el estudio, que deseó que su hija tuviera las oportunidades de las cuales ella no gozó ni en Colotlán, Jalisco, donde creció, ni en Aguascalientes, cuando llegó. Quiso aprovechar los horizontes que veía más abiertos en el estudio para sus hijas, y tal vez no se preguntó qué querrían hacer ellas con sus estudios una vez que terminaran.

Cuquita fue la clave para que Mercedes estudiara; una madre interesada en la educación superior que convenció a un padre con los medios económicos para solventarlos y un hermano como tutor o guardián en la capital. Esto me lleva a reflexionar que las mujeres que quisieron estudiar en universidades en México en ese tiempo debieron conseguir muchos apoyos para lograrlo, lo que lleva nuevamente al tema de la clase social y los significados que tuvo el estudio para esta familia.

Al llegar a la ciudad de México, Mercedes ingresó a estudiar pintura en La Esmeralda, una escuela que se había iniciado durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940), en la calle de la Esmeralda, fundada oficialmente en 1942 como Escuela de Artes Plásticas (Rodríguez, 2015: 66), pero conocida como La Esmeralda. Desde su fundación y durante los años cincuenta —época en que Mercedes estudió allí—, esta escuela tuvo profesores de la talla de Diego Rivera, Francisco Zúñiga y Benjamín Péret, quien había llegado a México con Remedios Varo; también dieron clase allí María Izquierdo, Frida Kahlo, Carlos Orozco Romero y Salvador Toscano, entre otros. Algunos estudiantes de esa época fueron Fanny Rabel, Pedro Coronel, Rina Lazo y Arturo García Bustos.

La Esmeralda se concibió para ofrecer educación artística para todos, en el intento de alejarse del arte para aristócratas y ricos, y quedó en manos de la Secretaría de Educación Pública. Su plan de estudios se basó en la aritmética y la geometría —que se consideraban cualidades del arte moderno—, la historia del arte prehispánico, inglés, francés y especialmente la clase de laboratorio, en donde se impartían pintura y escultura, clases que tuvieron una gran influencia en el arte mexicano de mediados del siglo XX (2015: 67).

¿Cómo vivió Mercedes esta educación?, ¿fue acorde a lo que había aprendido en su ciudad natal tanto en la normal del estado como en sus clases con maestras particulares de arte? En Mercedes debió de darse un rompimiento interior entre su deber ser conservador, católico y tradicional aprendido en Aguascalientes y lo que ella encontró en una escuela de arte liberal, moderna, con profesores mexicanos y extranjeros con muy diversas formas de concebir la vida, el arte y los valores.

Mercedes regresó a Aguascalientes a finales de la década de 1950; tendría treinta y seis, o treinta y siete años. Ella y mi mamá —quien

entonces tenía diecisiete años— coincidieron en unas clases de historia del arte en la ciudad, y fue Mercedes quien le presentó a mi papá, su hermano menor, que tenía como veintiún años en ese tiempo. Sin embargo, es posible que la “tristeza provinciana” de la pequeña ciudad, como la describió el escritor aguascalentense Eduardo J. Correa (2011: 232),¹⁴ le pareció aburrida a Mercedes, no encontró en ésta los espacios de arte y cultura que seguramente conocía muy bien en la ciudad de México, ni tampoco las emocionantes conversaciones que debió de tener con sus compañeros y colegas de La Esmeralda. A principios de la década de 1960, Mercedes decidió regresar a la capital, ahora a trabajar; era una restauradora de arte y fue invitada a participar con el equipo de profesionales que restauraron el convento jesuita de Tepotzotlán (ahora Museo del Virreinato) (Alejandro López Aparicio, entrevista, febrero de 2019).¹⁵

Los estudios universitarios le permitieron a Mercedes tomar decisiones con libertad y contar con medios propios para mantenerse. Había logrado lo más deseado de contar con una profesión universitaria, la independencia de su familia, la fuerza para decidir qué hacer, en dónde y cuándo. Un objetivo muy común para los varones, ahora fue ella quien tomó las riendas de su vida. En aquella ciudad, a sus casi cincuenta años, se casó con un irlandés católico que vivía en la capital. Ahora me pregunto si mi abuela se sintió orgullosa de los logros de Mercedes, si se sintió feliz por ella. Mercedes fue restauradora de arte, pintora, viajó por el mundo y se encontró un buen marido católico. Cuquita le abrió la puerta a su hija mayor a través del estudio, ¿se cumplieron sus expectativas respecto a la educación universitaria para ella? No puedo decirlo, pero siendo yo adolescente, saber que tenía una tía que vivía en la ciudad de México, que había estudiado, pintaba y hacía lo que siempre había soñado fue esencial para tomar conciencia de la importancia

¹⁴ Eduardo J. Correa escribió su novela de recuerdos sobre Aguascalientes en 1937; allí definió a sus habitantes como tristes, pero siempre reuniéndose en lugares públicos para contarse los chismes del lugar.

¹⁵ El edificio del convento fue declarado monumento nacional, y en 1963 el Instituto Nacional de Antropología e Historia dio inicio a los trabajos de restauración para albergar el Museo Nacional del Virreinato, que se inauguró el 19 de septiembre de 1964 (Museo Nacional del Virreinato, “Historia”, <<https://virreinato.inah.gob.mx/historia>>).

de estudiar en una universidad. Deseé hacer lo que ella había hecho, estudiar lejos y tener una carrera profesional.

ELVIRA

Elvira, la quinta de los hijos de mi abuela, tuvo una especial influencia en mí, específicamente en mis decisiones y experiencias en la educación superior. Ella nació en 1929, en Aguascalientes, y también estudió en la normal del estado, en donde presentó su examen profesional en 1952, a los veintitrés años. Luego de presentar el título de maestra a sus padres, les comunicó que deseaba ingresar a la Universidad Nacional Autónoma de México, donde había estudiado su hermano mayor. Quería estudiar filosofía y letras; era una enamorada de la literatura, tantos libros había leído desde pequeña.

Nuevamente mi abuela debió ser quien convenciera a mi abuelo de que valía la pena que Elvira estudiara en la capital, pues ya estaban allá Mercedes y Alfonso, y ambos la cuidarían. ¿Era común que las mujeres dejaran las ciudades pequeñas de provincia para ir a estudiar a la universidad en la ciudad de México?, ¿hubo más mujeres que también se fueron a estudiar en esos años a la UNAM?, ¿qué se pensaba en Aguascalientes sobre las mujeres que se “emancipaban” y salían a estudiar “fuera”?, ¿fueron mujeres de clase social media y alta las que pudieron hacerlo?

Conocemos el caso de la reconocida literata y poeta Dolores Castro, nacida en Aguascalientes en 1923, que en la década de 1940 se fue a la UNAM a estudiar, y junto con su gran amiga Rosario Castellanos estudió un posgrado en la Universidad Complutense de Madrid en 1950-1951. También están las memorias de mujeres aguascalentenses, como la maestra Martha Gallardo Topete, amiga entrañable de Elvira, mi tía, que contó: “Mis padres siempre nos apoyaron en todo lo que pudieron, a pesar de que los hombres se fueron a estudiar fuera de Aguascalientes y las mujeres nos quedamos; yo estudié en la normal porque no nos permitían irnos” (en Díaz, 2014: 118). Y la primera diputada panista por Aguascalientes en los años ochenta, Lilia Palomino (1944-2017), que refirió que su padre, el Lic. Benito Palomino Dena,

quien fuera gobernador del estado (1953-1956), “estuvo al frente del Instituto Autónomo de Ciencias [y] fundó las primeras carreras técnicas [...] Comercio, Enfermería y Trabajo Social” (en López, 2010: 99), para que las mujeres pudieran estudiar carreras profesionales.

¿Cómo debían ser las familias que permitían a sus hijas ir a estudiar a la capital del país? Más aún, ¿cómo debía ser la madre de esas jóvenes que lograban el permiso y los medios para irse a estudiar fuera? Tomo conciencia de mi abuela, por un lado interesada en el estudio, y por otro abriendo los caminos para sus hijas, y ahora para Elvira. Tal vez fue difícil para ella despedir a otra hija. A pesar de que Elvira ya tenía más de veinte años, su figura delgada y menuda y su mirada dulce la hacían parecer apenas una adolescente. Pero ya no podía dar marcha atrás, Mercedes había demostrado que era posible.

FIGURA 5.

ELVIRA LÓPEZ APARICIO, CA. 1957. ARCHIVO PERSONAL DE MARCELA LÓPEZ ARELLANO.



Con el permiso y el apoyo económico de mi abuelo, Elvira partió a la ciudad de México en el ferrocarril; era 1953 y tenía veinticuatro años. Seguramente mi abuela fue a despedirla a la estación; otra hija que tenía la oportunidad de llegar a la educación superior, ¿lo contaría con orgullo entre sus amigos?, ¿alguna vez habrá platicado con su amiga la maestra Conchita Aguayo sobre su deseo de que sus hijas estudiaran en una universidad? Conchita Aguayo murió en 1949, pero mi abuela había seguido sus pasos en otros proyectos, como en el voluntariado de la Cruz Roja en Aguascalientes, y quizá compartieron inquietudes acerca de las jóvenes y la educación superior.

Es significativo que Elvira se fue a México en 1953, el año en el que apareció en el Diario Oficial de la Federación el decreto que anunció que las mujeres tendrían derecho a votar y ser votadas para puestos de elección popular. Mi abuela, siempre tan interesada en la política y los periódicos, seguramente se dio cuenta de este hecho, y debió ser de las primeras mujeres que en su momento acudieron a emitir su voto por los gobernantes.

Volviendo a Elvira y su decisión de estudiar en la ciudad de México, a pesar de su título de maestra normalista, debió estudiar el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, y después la maestría en letras en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), de la que se tituló en septiembre de 1957, a los veintiocho años. Con esto quedó bien afincada en su vocación, nunca más se separaría de las letras, sus estudios posteriores y su trayectoria como docente e investigadora fueron siempre alrededor de la literatura.

Después de terminar su maestría, regresó a su ciudad natal y comenzó a hacer lo que había aprendido tan bien, ser maestra y la literatura. Impartió clases de literatura y arte dramático en el Instituto Autónomo de Ciencias (origen de la Universidad Autónoma de Aguascalientes) de 1958 a 1965, y en la Normal del Estado fue maestra titular de literatura de 1960 a 1965 (Alejandro López Aparicio, entrevista, 18 de enero de 2014).¹⁶ Vira, como le dijimos siempre, nos contó con orgullo cómo se iba con sus estudiantes a presentar obras teatrales a los municipios;

¹⁶ Mi tío Alejandro conserva papeles y documentos de Elvira, de sus estudios y participación en cursos y viajes académicos. Véase López (2021).

conseguían los vestuarios y un vehículo que los llevara, con el propósito —que fue su motivación a lo largo de su vida— de acercar a las personas a la literatura, tan esencial para ella.

Pero deseaba continuar con sus estudios, y luego de que Mercedes regresó a la ciudad de México, Vira decidió hacerlo también. Allí ingresó al doctorado en letras de la UNAM, de 1966 a 1969, y comenzó su trayectoria como investigadora. A lo largo de su experiencia profesional tomó infinidad de cursos, seminarios y coloquios, como uno de filología española en Málaga, España, en 1977, y otros sobre la enseñanza de la lengua española y literatura en 1976 y 1985, y tuvo una estancia en Cuba.

En la ciudad de México, Vira dio clases de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria desde 1965; también en la Escuela para Extranjeros de la UNAM y en distintas instituciones. Algo que siempre le fascinó fue haber sido investigadora en el Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, desde 1974. Publicó su tesis de maestría *José María Roa Bárcena* en 1975, y una extensa obra sobre Manuel Gutiérrez Nájera con el equipo de investigación del IIFL. Finalmente, Vira se jubiló de la UNAM en 2000 y regresó a Aguascalientes, en donde dio clases en la Universidad Autónoma de Aguascalientes unos años más.

VIRA Y MIS DECISIONES

Cuando mi madre me escribió a Estados Unidos preguntando si quería yo ser como mis tías, en el fondo mi respuesta siempre fue un sí. Hubiera querido estudiar fuera de Aguascalientes y desarrollar una carrera profesional en la capital del país como lo hicieron ellas. En especial, hubiera querido seguir los pasos de Vira; yo podría enumerar sus logros, sus viajes de estudio, sus publicaciones, siempre la admiré.

Mi relación con ella fue entrañable desde que yo era una niña que subía corriendo a ver a mi abuela, y entablaba larguísimas conversaciones con mi tía Vira que había venido de México de visita. Hablábamos de la escuela, de lo que yo leía, y me regalaba libros juveniles, siempre con sus ganas de acercar a los demás a las letras. Vira me acompañó en mis procesos de aprendizaje, me explicó filosofía en prepa y compartió

conmigo *El amor en los tiempos del cólera*, de Gabriel García Márquez, para un trabajo de literatura. Tengo el recuerdo de una vez que me llamó de México y me dijo que llegaría a Aguascalientes en el autobús de las siete de la mañana, que fuera a recogerla porque me tenía una sorpresa. Llegué a la central camionera temprano, emocionada, quería ver qué me había comprado. Nos sentamos en el coche y me dio un libro. Casi escucho nuestro diálogo nuevamente:

–Mira, Marcelita –dice Vira–, te traje este libro que me encontré en Sanborns, me lo leí en una noche y pensé que te gustaría leerlo. Es una novela que trata sobre Antonieta Rivas Mercado, la hija del arquitecto que construyó la columna de la Independencia. ¿Habías escuchado sobre ella?

–No, no sabía de ella. ¿Fue una mujer importante?

–Claro, ella vivió durante la Revolución mexicana, y ya en los años veinte fue promotora de teatro y de artistas y escritores; muchos de los personajes que aparecen en esta novela los he estudiado en mi trabajo en la universidad. Uno de mis personajes favoritos es Manuel Rodríguez Lozano, un pintor del que ella estuvo enamorada, y también de José Vasconcelos.

Me fascinó el tema. Leí el libro en dos días, y durante su estancia en Aguascalientes tuvimos oportunidad de discutirlo, de reflexionar acerca de Antonieta y sus decisiones, de los hombres de su vida, de la época de la Revolución y sobre las mujeres en ese tiempo. Conservo ese libro como uno de los regalos más valiosos que me han hecho.

Sobre mis decisiones y Vira, debo mencionar que ingresé a la licenciatura en la universidad de mi ciudad porque mi padre no me dejó salir a estudiar fuera, a pesar del ejemplo de su madre. Conuerdo nuevamente con lo que escribió Patricia Martínez,¹⁷ cuando narró haber sido “razonable” y estudiar en donde le dijeron. En mi caso, no me rebelé a mi padre porque para mí “lo más razonable” fue quedarme a estudiar en Aguascalientes, independientemente de lo que soñaba, sin darme cuenta de que mi aceptación fue también “cobardía”. ¿Valía la

¹⁷ “De cuando fui mutante-marginal del conocimiento en la Capital Zombi”, en este volumen.

pena pelear por irme fuera? Su argumento fue que en Aguascalientes ya teníamos universidad y en la época de mis tías no había.

Vira me ayudó a aceptar la decisión paterna con filosofía, se interesó por mis estudios, me preguntó por las materias, los maestros, los exámenes. Cuando fue tiempo de escribir mi tesis, aquella sobre la cristiada y la educación, cada vez que vino a Aguascalientes nos sentamos a platicar mis avances, revisó mi redacción, leyó párrafo por párrafo, me señaló recomendaciones y correcciones. Por supuesto que en la dedicatoria aparece ella en primer lugar.

Vira fue también la que investigó los lugares en los que yo podía conseguir una beca para una maestría, y me animó a buscar ese derrotero, aunque ya no persistí porque tomé la decisión de casarme con aquel novio del anillo de compromiso. A lo largo de una década tuve a mis hijos, dos hombres y dos mujeres, una de las cuales murió al nacer. La vida me envolvió desde parámetros que esquivaban los estudios, la crianza, la educación infantil y la sobrevivencia a varios embarazos malogrados llenaron mi horizonte vital. Entre biberones, pañales y el *Kindergarten* de mis hijos, logré dar clases de inglés a niños y en secundaria; también di cursos de recuperación de inglés a chicos de secundaria, y tomé cursos y exámenes especializados como el First Certificate in English of The University of Cambridge y el Certificate of Proficiency in English of The University of Michigan, con los que me especialicé en docencia del inglés. En esa avidez por el estudio también tomé cursos de nutrición. A medida que crecieron mis hijos y recuperé un poco la respiración, trabajé en una empresa de la iniciativa privada como especialista en diseño de interiores. El tiempo lo tenía lleno, pero mis anhelos estaban escondidos.

En 2000, Vira se jubiló de la UNAM y regresó a vivir en Aguascalientes. Fue como un rayo de luz. Desde que llegó, nos invitó a sus sobrinas a veladas literarias en su casa. Allí, alrededor de la mesa de su biblioteca, con café y galletitas, y a veces nieve de vainilla preparada por ella, leímos biografías, novelas y poesía que Vira nos recomendaba, nos reímos de algunos personajes y nos angustiábamos con otros. Yo esperaba con ansia nuestra reunión de cada semana.

En 2001 Vira me invitó a que tomáramos juntas un diplomado en historia de la literatura en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Aquel diplomado cambió mis expectativas, la vocación de historiadora que había quedado bajo varias capas de “responsabilidad de esposa y madre” despertó con fuerza dentro de mí. En 2005, y después de que Vira y yo (y ahora también mi madre) ya habíamos tomado varios diplomados en historia del arte, historia de las religiones, historia de la Edad Media y uno de historia de México, una amiga conductora de radio me invitó a colaborar cada semana en un programa radiofónico con un segmento de historia, lo que me obligó a estudiar mis temas para cada programa.

La emoción que provocó en mí aprender historias para contarlas en la radio me animó a tomar la decisión de buscar la maestría que deseaba desde que había terminado mi licenciatura. Y a pesar de las burlas y cuestionamientos de propios y extraños, decidí ingresar a la maestría en estudios humanísticos-historia del Instituto Tecnológico de Monterrey. “¿Para qué estudias?”, me dijeron. “Ya tienes un esposo y tus hijos, ¿no vas a descuidarlos?”. No, me dije, ya no me detiene nada. Llena de ilusión, me pasé cuatro años estudiando en las madrugadas, entregando trabajos al minuto límite, haciendo lecturas y escribiendo reseñas críticas afuera de las canchas de fútbol o basquetbol de los partidos de mis hijos, haciendo malabares entre la compra de la comida, las juntas escolares, las fiestas infantiles y la teoría de Michael Foucault o los libros de Jaques Le Goff. Pero cuando me sentaba con Vira a platicarle mis desfiguros, me decía: “¿Esto te hace feliz? No lo dejes, sigue con seriedad y con disciplina”.

En marzo de 2010 me reencontré con mi querida amiga y maestra en algunos de los diplomados que había tomado en la universidad, la historiadora Yolanda Padilla Rangel. Le conté que estaba por terminar mi maestría y me invitó a ir con ella a un Congreso de Mujeres y Género en Oaxaca. En aquel congreso, como una revelación, caí en la cuenta de la historia de mujeres, y con ello de las mujeres que habían estado a mi lado al buscar el desarrollo profesional. Además, resultó que Yolis, como le decimos de cariño, conocía muy bien a Vira, mi tía. Ese mismo 2010, Yolis me invitó a considerar hacer los exámenes para ingresar al doctorado en ciencias sociales y humanidades, en la especialidad de historia en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. ¿Iba yo a ser “razonable” otra vez y decir que no era prudente? ¿Iba a ser

“cobarde” nuevamente y dejar pasar la oportunidad? No, esta vez me llené de la fuerza de las decisiones de las mujeres que me precedieron, de mi abuela, de mis tías Mercedes y Elvira, y ahora también de mi madre, y después de exámenes, entrevistas, entrega de proyecto y todos los requisitos, en agosto de ese año ingresé al doctorado.

MI MADRE

Finalmente menciono a mi madre porque para inscribirme en el doctorado tuve su apoyo irrestricto. Cuando le conté que me habían admitido, me dijo: “Cuando Vira regresó a Aguascalientes y te invitó a los diplomados, supe que volverías a la universidad a seguir estudiando”.

Hago revisión de las mujeres que me dejaron huella en cuanto al interés por la educación, desde mi línea paterna. Sin embargo, al enfocar a mi madre y lo que dejó en mí, veo que todas somos producto de nuestros espacios culturales. Ella, que nació en Aguascalientes en la década de los años cuarenta, fue tocada por las revoluciones de las trasgresiones del feminismo de los años sesenta. A buen seguro soñó los cambios en torno a las mujeres que observó en su juventud, aunque sólo fuera en los periódicos o en la televisión.

Pero mi madre se detuvo en los límites del patriarcado en el que creció; sin ser consciente de ello, reprodujo los discursos masculinos, y sin darse cuenta se fue diluyendo dentro de sí misma. Tomó como modelo de vida lo que le dijeron que era “propio” para las mujeres y lo que no lo era. Pienso que los mandatos de género de su tiempo la limitaron en sus sueños; no se animó a trasgredirlos, como sí lo hicieron mi abuela paterna y mis tías Mercedes y Vira. ¿Cómo vio mi madre a mis tías, las que se fueron a México?, ¿a esas hermanas de su esposo, universitarias, independientes, solas, lejos de la casa materna?, ¿cuáles fueron los miedos que llenaron a mi madre de que yo, su hija, una ávida lectora desde niña, quisiera ser como ellas?

Al escribir esto creo reconocer que mucho del miedo que ella mostró tuvo que ver con los límites que le impusieron a ella, que le impidieron estudiar en una academia, o hasta en una universidad. ¿Hubiera querido irse de Aguascalientes y estudiar arte, historia o música, que le

fascinan? Tal vez fui yo quien le enseñó a ella que era posible ser libre para tomar decisiones. Decidir lo que quería hacer a pesar de las resistencias de su esposo, de su familia, de su entorno y de sí misma, como pude hacerlo yo.

FIGURA 6.

MARÍA MARCELA ARELLANO RANGEL Y MARCELA LÓPEZ ARELLANO, 2020.

ARCHIVO PERSONAL DE MARCELA LÓPEZ ARELLANO.



Cuando tomé la decisión de ingresar al doctorado fue mi deseo, mi decisión. Resolví con fuerza defender mi sueño que venía desde mis años en la licenciatura, a pesar de lo que se presentara. Y mi madre me ayudó en el proceso. Desde el principio tuve un acompañamiento de su parte, ya fuera la ayuda en lo doméstico como la comida, la compra del mandado y recoger a mis hijos de la escuela, o en lo académico, como escuchar mis avances antes de presentarlos en los seminarios. Su comprensión y apoyo a lo largo de los varios años de estudio fueron mis respiros en los momentos de tensión y desánimo. Mi madre fue mi

sostén durante mi investigación, a ella le conté emocionada los hallazgos y le lloré mis frustraciones. Sin darme cuenta, ella se subió a mi sueño y lo hicimos juntas. Al final del doctorado, le dediqué mi tesis con un significado mucho más profundo que el simple cariño, se la dediqué por su acompañamiento y porque me reconoció finalmente como su hija la “enamorada del estudio”, igual que mis tías y que ella misma. En mi dedicatoria quedó inscrito: “A mi madre, a mi hija, a mi tía Elvira López Aparicio”.

CONCLUSIONES

En mis estudios de doctorado, y gracias a la generosidad de Yolis, me encontré con una mujer escritora, Anita Brenner, y dediqué mi investigación a analizar sus escritos. Pero a lo largo de esos años también descubrí y conocí a mujeres académicas fascinantes, madres, esposas, solteras o casadas, firmes en su vocación y fuertes para decidir los caminos que querían seguir. Entre ellas puedo mencionar a la doctora María Teresa Fernández Aceves, la doctora Carmen Ramos Escandón, la doctora Alma Dorantes González, y la misma Yolanda Padilla Rangel, que fueron tutoras y lectoras de mi tesis. Asimismo, conté con el apoyo de otras académicas que creyeron en mi trabajo y me brindaron su ayuda cuando se las pedí, como la doctora Margarita Zorrilla Fierro, la doctora Alice Gojman de Backal, la doctora Silvia Arrom, la doctora Luisa Medrano, la doctora Mílada Bazant y la doctora Sara Sefchovich, todas ellas mujeres que construyeron sin saber una red que me sostuvo en esos años, y me sigue sosteniendo. Con su ejemplo, ellas me enseñaron a tejer redes para otras mujeres a mi alrededor. Con su solidaridad y su sororidad, me alentaron en mis búsquedas, me animaron a no cejar y me empujaron a volar sola (aunque sigo en el proceso de aprendizaje).

Encontrarme en este libro con este grupo de mujeres que deciden contar sus historias en la educación superior me ha permitido comprender que las trayectorias de las académicas e investigadoras no son necesariamente lineales, sino que se construyen con las decisiones, las circunstancias, las coyunturas y las redes de apoyo del tiempo de cada una. Por ello agradezco a Susan Street el espacio que abrió para mí en

el seminario, y a mis compañeras Gina, Mercedes, Oresta, Paty, Yolis y Tere, por su amable escucha y sugerentes recomendaciones.

Como cierre quiero señalar que revisar las huellas de las mujeres que me abrieron camino en la vida me permitió visualizarlas y reconocer mi admiración por ellas, al tiempo que me reflejó en el espejo de mis propias decisiones. Soy historiadora y decidí contar la historia de mi propia familia, y en ella mi historia. Los historiadores Doug Munro y John G. Reid señalan que existe un debate acerca del aumento de autobiografías escritas por historiadores, en las cuales se unen las perspectivas teóricas del investigador con el análisis y comprensión de los contextos de su historia familiar. Sobre esto, la historiadora Sheila Fitzpatrick argumenta que la historia es una búsqueda y es complicado para el historiador escribir las vidas de personas que le son cercanas (en Munro y Reid, 2017: 2). En esto concuerdo con Fitzpatrick cuando señala que los historiadores deben contar la historia “correctamente”, y por ello deben buscar los datos, revisar archivos y fuentes primarias para sustentar su historia (Fitzpatrick, 2017: 17), pero añado que al referir lo propio y entrelazar las emociones al relato nos acercamos más a lo que define a una autoetnografía.

REFERENCIAS

Archivos

AHEA, Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes
 ACLA, Archivo privado Carlos López Aparicio

OBRAS CONSULTADAS

AGUSTÍN, José
 2013 *Tragicomedia mexicana. La vida en México 1982 a 1994*. México: De Bolsillo.

ASPE ARMELLA, María Luisa
 2008 *La formación social y política de los católicos mexicanos*. México: Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana.

BOYLAN, Kristina

2002 “The Feminine ‘Apostolate in Society’ versus the Mexican State: The Unión Femenina Católica Mexicana, 1929- 1940”, en Margaret Power y Paola Bacchetta (eds.), *Right Wing Women: from conservatives to extremists around the globe*. Nueva York: Routledge, pp. 169-182.

2000 “Mexican Catholic Women’s Activism, 1929-1940”, tesis doctoral, Universidad de Oxford.

BRETTELL, Caroline B.

1997 “Blurred genres and blended voices: life history, biography, autobiography, and the auto/etnography of women’s lives,” en Debora E. Reed-Danahay (ed.), *Auto/Etnography. Rewriting the Self and the Social*. Oxford: Berg, 223-246.

CAMACHO SANDOVAL, Salvador y Yolanda Padilla Rangel,

2002 *Vaivenes de utopía. Historia de la educación en Aguascalientes en el siglo XX*, vol. 1. México: Instituto de Educación de Aguascalientes, / Secretaría de Educación Pública / Universidad Autónoma de Aguascalientes.

CEJA-BERNAL, Luis Fernando

2014 “La institución educativa salesiana en México: historias e identidades”, tesis de Doctorado Interinstitucional en Educación, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Oriente.

CORREA, Eduardo J.

2011 *Un viaje a Termápolis*. México: Libros de México-London Books.

DÍAZ MÁRQUEZ, Ilse,

2014 *Salvador Gallardo Topete, el Hijo*. Aguascalientes: Instituto Cultural de Aguascalientes.

GALEANA, Patricia (dir.)

2014 *Diccionario de generales de la Revolución*, tomo II, M-Z. México: Secretaría de Educación Pública / Secretaría de la Defensa Nacional / Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

ESCALERA, María Elena

1988 “Métodos de trabajo de maestros distinguidos de Aguascalientes y Modelos de Enseñanza”, anexos, tesis de Maestría, Universidad Autónoma de Aguascalientes.

FERNÁNDEZ ACEVES, María Teresa

2014 *Mujeres en el cambio social en el siglo XX mexicano*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Siglo XXI-Editores.

2005 “Debates sobre el ingreso de las mujeres a la universidad y las primeras graduadas en la Universidad de Guadalajara, 1914-1933”, *La Ventana*, vol. 3, núm. 21, 90-106.

FITZPATRICK, Sheila

2017 “Writing history/ writing about yourself: what’s the difference?”, en Doug Munro y John G. Reid (eds.), *Clio’s lives. Biographies and autobiographies of historians*. Australia: ANU Press, 17-37.

INEGI

2018 “Censo 1930”, Inegi, archivo histórico. Aguascalientes: INEGI. <<http://www.beta.inegi.org.mx/app/archivohistorico/imagen.html?doc=352|3>>.

JOSÉ VALENZUELA, Georgette

2008 “Los claroscuros de la presidencia de Plutarco Elías Calles: ¿el hombre fuerte de los años veinte?”, en Will Fowler (ed.), *Gobernantes mexicanos II: 1911-2000*. México: Fondo de Cultura Económica, 133-159.

KRAUZE, Enrique

1983 “Pasión y contemplación en Vasconcelos”, *Vuelta*, núm 78, pp. 12-19 (1.ª parte) y núm. 79, pp. 16-26 (2.ª parte).

1978 “José Vasconcelos y la cruzada de 1929 de John Skirius”, *Vuelta*, septiembre, 35-38.

LÓPEZ ARELLANO, Marcela

2021 “Elvira López Aparicio. La literatura, el estudio y la vida”, en Cristina Alvizo Carranza y Elizabeth Cejudo Ramos (coords.), *Mujeres en el siglo XX mexicano: agentes del proceso histórico*. México: El Colegio de Jalisco, 235-278.

2010 “Tres mujeres panistas”, en Yolanda Padilla Rangel (coord.), *Mujeres y toma de decisiones*. México: Instituto Nacional de las Mujeres.

1988 “La disputa por el aula. La educación y el conflicto Iglesia-Estado en Aguascalientes, 1925-1930”, tesis de licenciatura, Universidad Autónoma de Aguascalientes.

MEYER, Jean

1994 *La Cristiada*, tomo 3. México: Siglo XXI-Editores.

MITCHELL, Stephanie y Patience Schell

2007 *The women's revolution in Mexico, 1910–1953*. EE.UU.: Rowman & Littlefield Publishers Inc.

MUNRO, Doug y John G. Reid

2017 “Introduction”, en Doug Munro y John G. Reid (eds.), *Clio's lives. Biographies and autobiographies of historians*. Australia: ANU Press.

O'DOGHERTY, Laura

1991 “Restaurarlo todo en Cristo. La Unión de Damas Católicas Mexicanas 1920-1926”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 14. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 129-158.

OIKIÓN SOLANO, Verónica

2008 “Pascual Ortiz Rubio: ¿un presidente a la medida del Jefe Máximo?”, en Will Fowler (ed.), *Gobernantes mexicanos II: 1911-2000*. México: Fondo de Cultura Económica, 153-173.

OLVERA, Laura

2018 “La mujer en la educación ‘superior’ en Aguascalientes. 1878-1911. El caso del Liceo de Niñas”, tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Autónoma de Aguascalientes.

PADILLA, Yolanda y Salvador Camacho

2017 “Vicenta Trujillo, los carrancistas y los estereotipos de la época. O cuando las maestras debían obedecer en todo al gobierno y no tener hijos”, en Andrés Reyes Rodríguez (coord.), *Aguascalientes. La influencia de los años constitucionalistas. Reformas y alcances de los nuevos mandatos*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 263-283.

PADILLA RANGEL, Yolanda

2009 *Los desterrados. Exiliados católicos de la Revolución mexicana en Texas, 1914-1919*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes.

1992 *El Catolicismo Social y el Movimiento Cristero en Aguascalientes*. México: Gobierno del Estado de Aguascalientes / Instituto Cultural de Aguascalientes.

RODRÍGUEZ DÖRING, Arturo

2015 “Una historia de ‘La Esmeralda’, la escuela de arte del México posrevolucionario”, *Discurso Visual. Textos y Contextos*, núm. 36 (julio-diciembre), 64-72.

SÁNCHEZ VEGA, Pahola

2014 “El papel de las agrupaciones femeninas católicas en la conformación de la Iglesia católica de Tijuana, 1921-1935”, tesis de maestría, Universidad Autónoma de Baja California.

SECRETARÍA DE ECONOMÍA

1950a “Censo 1950”. México: Secretaría de Economía, Dirección General de Estadística. <http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1329/702825412425/702825412425_1.pdf>

1950b “Séptimo censo general de población. Distrito Federal”. México: Secretaría de Economía, Dirección General de Estadística. <http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1329/702825412180/702825412180_1.pdf>.

1950c “Séptimo censo general de población. Estado de Aguascalientes”. México: Secretaría de Economía, Dirección General de Estadística. <http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1329/702825412104/702825412104.pdf>.

SKIRIUS, John

1982 “Los intelectuales en México desde la Revolución”, *Texto Crítico*, núms. 24-25 (enero-diciembre), pp. 3-37. <<https://cdigital.uv.mx/handle/123456789/7013>>.

SORIANO, Madre Aurora

2011 “Recordando...”, *Colotlán en Llamas (blog en línea)*, <<http://colotlanenllamas.blogspot.com/2011/05/recordando.html>>.

ULTRERAS VILLAGRANA, Paulina

2014 “Rancheros y el Estado mexicano: la construcción del honor a través del poder”, tesis doctoral, Université de Montréal.

TORRES-SEPTIÉN, Valentina

2010 “La educación católica frente al Estado postrevolucionario”, en Juan Carlos Casas García (ed.), *Iglesia, Independencia y Revolución*. México: Universidad Pontificia de México, 341-352.

1995 *La educación privada en México, 1903-1976*. México: El Colegio de México / Universidad Iberoamericana.

VACA, Agustín

2009 *Los silencios de la historia: las cristeras*. México: El Colegio de Jalisco. [Original de 1988].

VASCONCELOS, José

1982 *Memorias II. El Desastre. El Proconsulado*. México: Fondo de Cultura Económica.

VIVALDO MARTÍNEZ, Juan Pablo

2011 “La Unión de Damas Católicas Mexicanas (1912-1929). Una historia política”, tesis de maestría, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

WOOLF, Virginia

1929 *A room of one's own*. Londres: Hogarth Press.

ZAVALA, Silvio

1990 *Apuntes de historia nacional 1808-1974*. México: Fondo de Cultura Económica.